



EL
PENSIL
DEL
BELLO SEXO



SEGUNDA ENTREGA.

DEPARTAMENTO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

SECRETARÍA DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Excmo. Sr. D. ...

En virtud de lo dispuesto en el Real Decreto de ...

Se ha acordado ...

Y para que conste, se ha acordado ...

En ... a ... de ... de ...

El Secretario de Instrucción Pública



EL PENSIL DEL BELLO SEXO.

Periodico semanal de literatura, ciencias, educacion,
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripcion, véase la última página.

LA DIOSA DE LAS TRES PPP.



AY una deidad, no sé donde, pero debe de estar en todas partes, porque en todas partes la veo, la cual ha debido existir desde que el mundo es mundo, pero que no se ha dado á conocer en toda su maléfica influencia hasta el siglo XIX en que estamos, siglo de caminos de hierro, y de carros y buques de vapor. Pícará deidad si las hay, y que á ser ahora tiempo de brujas, diria que es la bruja mayor de cuantas hasta el presente han existido. Huid de ella, lectoras carísimas, porque es enemiga jurada de lo bueno y lo bello, y si puede haceros sus victimas, no os perdonará por hermosas, ni por mas que seais, como lo sois, ángeles bajados del cielo.

Cuando os sale mal el bordado; cuando al ir al teatro ó al baile, se os olvida poner una flor, ó otro adorno cualquiera de aquellos con que tanto os sa-

beis engalanar; cuando al salir de casa alguna vez os cogeis el manton con la puerta, ó se os enreda el pie del abanico por entre los calados del velo; cuando os sucede, en fin, cualquier otro percance parecido, como dejar en casa la sombrilla, dar un trópezon en la calle, ó manchar el zapato de seda en la única balsa que hay; cuando eso os sucede, repito, nadie tiene la culpa de todo sino esa deidad maldecida, esa fada maligna y de perversas intenciones á que se refiere este artículo.

Yo, lectoras, por lo mucho que os quiero, debo dároslo á conocer; pero antes que pronuncie su nombre, está en mi interés referiros lo que hace cuatro noches acaba de pasarme con ella.

Es el caso, pues, que ella supo que era yo el director del PENSIL, y noticiosa de que todo mi afán se cifraba en hacer lo posible porque el periódico mereciese vuestra indulgencia, juró darme un chasco terrible, y ponerme en mal lugar con vosotras. Y no ya por dejarme deslucido, sino por el maldito placer de daros á vosotras un mal rato, porque he dicho que os tiene ojeriza, y que os debéis guardar de su influencia.

Durmiendo estaba yo la noche del miércoles último, y soñando además con el periódico, cuando se me apareció una Vision de indefinible forma y aspecto, siéndome imposible deciros si era de este modo ó del otro, porque no paraba un momento, y tan pronto me hablaba por aquí como se me escurría por allá, tropicando unas veces con mi cofre, otras con el dintel de la puerta. Y todo con tal aturdimiento, que era inútil querer detenerla ó inspirarle un instante de reposo. Era la deidad de que hablo, y lo supe porque ella lo dijo.

Dios te guarde, exclamó, pobre hombre: y soltó una gran carcajada.—Buen saludo! contesté amostazado.—Pobre hombre, si señor, y muy pobre, porque te veo ahí fija la idea en tu idolatrado PENSIL, y no has contado con la huésped.—¿Cómo que no? Mañana sale el primer número, y por Dios que si el diablo no lo enreda, ha de ser elegante, bellissimo.—Pues hazte cuenta, repuso la Vision, que el diablo lo ha enredado y no poco, porque estoy yo de acuerdo con él, y van á arañarle las bellas.—¿Arañarme las.....—Sí, no lo dudas..... y sino, mañana verás el lucido papel que hace el tal número. Con que Dios te guarde, repito, y acuérdate de mí para otra vez.—Pero oye, espera, escucha...—Adios, ádios.

Y partió veloz como el rayo, pronunciando tres veces la *P*. Cuando yo lo oí, dije: ¡ay! ¿qué barrabasada habrá habido? Y dando un nuevo ¡ay! desperté, y me hallé con que estaba ya en jueves, y vestime aprisa y corriendo, y al ir á dirigirme á la imprenta, tropecé con el rejente que venía de allá, trayendo en la mano el primer número del PENSIL, el número anterior al presente.

—Ay Jesus! exclamé: ¿qué periódico es ese?

—El PENSIL: ¿qué periódico ha de ser? contestó el gefe de los cajistas.

—Sí..... ya lo veo..... Pero ¿cómo es que el papel está así..... tan medianamente satinado?

—¿Y cómo habia de satinarse bien, habiéndose hecho todo tan de prisa? Demas que eso no es cargo mío.

—Bien está, pero.... ¿y esos renglones donde veo esas letras dislocadas?

—Ya se vé! con la premura que ha habido.....

—Y luego esas erratas.... ¿qué horror!

Aquí me ponen *sin* en lugar de *una*; allá *sistema* en vez de *sintoma*; acullá *tarlaton* por *tarlatana*; mas allá *norte* por *marta*; *inaplicables* por *inesplicables*; *Lavalure* por *Lavalicre*; *cosita* por *cinta*; *hay* por *ay*....

—Sí, sí, es verdad.... pero con esta precipitacion....

—Y luego la novela de Satorres cortada en lo mejor del relato... y despues el artículo de modas empezando en *Dos* son *puede decirse*, cuando su comienzo es el párrafo *Una de las cosas que parecen mas inesplicables*....

—Y como que parece inesplicable que se haya cometido tanta falta. Pero, lo repito, la prisa....

—¡Dátele! Usted está siempre con la prisa, con la precipitacion, con..... ¡Mas ay! Tiene vd. razon, señor mío. La Vision de esta noche al marcharse pronunció tres veces la *P*; y era la *Premura*, la *Prisa*, la *Precipitacion* que vd. dice!!!!

En efecto, lectoras, ella fué.....! Ella, la Vision de que he hablado, la maléfica deidad á que arriba me referí; la que debe su ser á este siglo en que todo se hace corriendo; la que os hace olvidar, si apura el tiempo, los gemelos cuando os dirijis al teatro, el adorno ó la flor si vais al baile, la sombrilla si salis á paseo... la que os hace tropezar en la calle, ó cogeros el manton con la puerta, ó desluciros en el mejor bordado, porque nada, queridas lectoras, nada acostumbra nunca a salir bien, cuando tiene que hacerse de prisa.

Y por eso, ¡ay de mí! por eso han sido tantos *quid pro quos*. Porque no es la culpa de nadie, sino de esa diosa maldita que nos hizo pensar, escribir, imprimir y entregarnos el número en poco mas de 24 horas. Mas vosotras tendreis compasion, y en vez de sacarme los ojos como la Vision auguraba, os mostrareis benignas conmigo, como yo con el pobre regente, el regente con sus subordinados, y todos con la empresa que nos hizo sucumbir á las exigencias de esa deidad infernal, enemiga de todo lo bueno como lo es de todo lo bello..... la *Precipitacion*, la *Premura*, la del otro nombre.... la *PRISA*!!!!

MICHEL AGUSTIN PRINCIPAL

LAS DOS HERMATAS.

En tanto seguía la broma y bullicio en los salones del baile y todo era parabienes y felicitaciones á la hermosa baronesa que deslumbraba con las piedras y el oro en que abundaba por todos lados su vestido. Ya estaba todo prevenido, pero la ceremonia no podía pasar adelante, porque faltaba el novio, y el novio no parecía. La hora de la cita había sido las nueve, y sin embargo el reloj de oro que estaba sobre una mesa de marmol puesta en uno de los salones señalaba ya las diez. Entonces comenzó la impaciencia en los convidados y mas que en estos en Inés y su familia. Mandáronse recados á casa del novio, pero no se le encontró en ella, y el dueño dijo no haberle visto desde aquella mañana. Buscósele tambien en otras partes y mandáronse emisarios por toda la poblacion sin que nadie pudiese dar con Rafael. Esto dió margen á sospechar alguna desgracia, y el ver que tardaba y tardaba mas y mas confirmaba á todos en esta triste suposicion. El reloj anunció por fin las once. La sala resonaba con los murmullos de todos, y ya algunos comenzaban á separarse, aunque los mas querian ver el fin de aquel suceso y se quedaban por curiosidad. Por fin dieron las doce, y la misma incertidumbre en los convidados, y el mismo dolor y desesperacion en Inés. Ya todos estaban prontos á separarse llenos de asombro y curiosidad cuando se vió entrar jadeando, y como cubierto de sudor, y sofocado, á Nicolás, el jóven de quien ya hemos hablado á nuestros lectores. Su primer diligencia fue sentarse en un sillón y comenzar á limpiarse el sudor del rostro. Agrupóse la gente en torno de él, y todos le preguntaron á la vez diciéndole: «¿Qué hay? sepamos.»

«Señores, dijo por fin Nicolás, tengo el sentimiento de venir á derramar el dolor en el seno de esta numerosa concurrencia, y mas que todo en el de la familia del señor baron de Presville.

—¿Pero qué, preguntaron todos, qué es lo que hay?

—Decidme, ¿dónde está Rafael, preguntó Inés con el mayor calor?

—Rafael, señores, mi inolvidable amigo, está preso.

—¿Preso! exclamaron todos.

—Sí, señores; esta mañana se recibió la fatal nueva de que había naufragado un buque que le traía todas sus riquezas, y apenas se ha sabido tal cosa, se han echado sobre él varios comerciantes con quienes tenía algunos tratos, y han pedido contra él la prision.

—¡La prision! repitió de nuevo la muchedumbre.

—Oh que vergüenza! exclamó Inés cubriéndose el rostro con las manos.

—Qué dolor, querreis decir, señora, añadió Nicolás.

Y con esta y otras exclamaciones se fueron separando poco á poco los convidados y quedaron desiertas las salas. Entonces los que quedaron solos, sumergidos en el profundo silencio que produce comunmente una grande nueva inesperada, pudieron oír claro y distinto un ¡ay! fuerte y terrible, seguido de un violentísimo sollozo. Era la pobre Inés que se deshacía en lágrimas.

II.

Aquel violento y amarguísimo sollozo recordó á la familia del baron el grave estado en que se hallaba María. Penetraron súbitamente en su aposento, que lindaba con los salones principales, y la hallaron boca á bajo sobre su lecho y desecha en lágrimas. Habláronla todos y la llamaron repetidas veces por su nombre, pero ella sin contestar palabra, siguió llorando amargamente. No era su llanto de esos que produce en los ánimos femeninos el menor contratiempo: era mas bien el desahogo de una alma sofocada por largos días; lloraba con todas las lágrimas que había devorado en silencio durante un año entero. Si no rompe en llorar se la hubiera encontrado ahogada. Aquel dolor que la cortaba la respiracion, que se le anudaba á la garganta, que le oprimía el pecho como una losa de plomo, salía entonces con aquellos dos abundantes manantiales que brotaban de sus ojos.

En tanto que la pobre niña había padecido en silencio todas las amarguras mas horrendas, nadie había tenido compasion de sus dolores: los creían efecto de una de esas mil aprensiones y niñerías que engendra la edad; pero cuando la vieron llorar de aquel modo, cuando tuvieron una prueba ostensible de sus padecimientos, compadecieronla todos y trataron de

buscar un pronto remedio á sus males, que creyeron por fin de trascendencia. Mandaron en efecto por el médico, y cuando llegó se la mostraron todos con aire afligido y como dándole á entender que su ciencia no habia sabido prevenir aquella crisis. Y sin embargo, María estaba entonces de menos peligro: conforme iba llorando se la veía respirar mas fácilmente, y se percibió menos aquel sobrealiento, aquella agitacion que poco antes habia estado á punto de concluir con ella.

Inés fue la única que pudo sustraerse pronto al enternecimiento que habia producido en ella el triste estado de su hermana para no pensar mas que en la horrenda desgracia que acababa de padecer. Se habia creído á punto de poder dar libre rienda á sus caprichos y se veía de nuevo condenada á vivir en la misma oscuridad que hasta entonces. ¿Que era un título sin tener una brillante carretela en cuya puerta poder poner el escudo de sus blasones?

Pero volvamos á ocuparnos de María y sigamos con mas anhelo que Inés los trámites de su violenta enfermedad. Aquel estado de continuas lágrimas duró por espacio de dos horas: durante este tiempo fue vano cuanto se la dijo, porque ella dió muestras de no oír ni entender nada. Sus sollozos no decayeron en fuerza y violencia durante tan largo período y cuando al fin fueron cediendo fue para quedar sumida en una especie de hondo sueño, dulce y tranquilo, y en el cual recobró parte de sus fuerzas aquel cuerpo tan abatido. El médico encargó que no se la hablase ni molestase para nada. Cuando despertó pareció salir de un profundo sueño, del cual no conservaba memoria alguna. Á las preguntas y halagos que la hizo la vieja que se habia quedado para cuidarla, contestó únicamente con una ligera sonrisa. Hacia un año que no se la habia visto sonreír tan tiernamente. Aquella sonrisa recordaba los hermosos y tranquilos dias de su infancia. Entonces entró su madre y mirándola con cierto aire de interés la dijo:

«María, nos habías puesto en cuidado.»

Tal vez nunca habia oído otras palabras tan tiernas de su boca.

María no contestó. Habia coordinado un poco sus ideas, y parecia avergonzarse de su estado y de la crisis violenta que habia sufrido.

Aquel dia estuvo mejor, pero con la debilidad y postración consiguientes. La calentura no era ya muy grande, y el médico se prometia que María estaria pronto fuera de cuidado. La noche la pasó toda en una especie de delirio, efecto del cansancio y debilidad de cabeza que sentia. En medio de las mil voces y gritos que se le escaparon, y entre los nombres de algunas personas de la familia, oíansele con mas frecuencia los de Inés y Rafael. Una vez sobre todo, al pronunciar este último se la vió hacer el ademán de retroceder, y se la oyeron al mismo tiempo dos ó tres sollozos comprimidos. Luego quedó de nuevo sumida en un profundo sueño, del cual no despertó hasta muy entrada la mañana del siguiente dia.

Desde entonces la mejora de María fué progresiva aunque lenta. Sonreíase ya frecuentemente, y sus sonrisas eran hijas de un estado de tranquilidad de ánimo y de calma interior, muy distinta de la agitacion que hasta entonces la habia devorado. La enfermedad y cura de la pobre niña, fué un enigma para todos. Atribuyeronla á causas físicas de que como hemos dicho distaba mucho. Nadie comprendia los padecimientos de aquella alma que por fin parecia abrirse de nuevo á las brisas de la felicidad. Y en efecto, si durante los primeros quince dias fué pausado su restablecimiento y se vió interrumpido por algunas ligeras crisis, en lo sucesivo se la vió reanimarse de dia en dia de un modo pasmoso, y pronto á seguir así, podía esperarse verla de nuevo con todos los colores y risas de la infancia. Pero no, cosa es esta tal vez imposible en el estado de su ánimo: habia ella aprendido y conocido mucho durante el año de amarguras porque habia pasado, para que su corazón fuese ya tan expansivo y simpático como antes. Ya no se veria nunca en sus labios aquella sonrisa juguetona y bulliciosa de sus primeros dias; su alegría sería en adelante tranquila y cauta; gozaría, pero siempre dominada por la idea de que detras de aquel placer podia esconderse algun pesar. ¿Habia visto tantos desengaños!

Ahora que ya dejamos á la pobre María fuera de cuidado, fuerza es que volvamos á ocuparnos de lo que pasaba por el corazón frío y calculador de su seductora hermana. El golpe que recibió con la

prision de Rafael fué violento, empero la impresion que produjo, duró en ella muy poco. Hubo siempre á su lado personas que trataron de hacerla olvidar los halagos de su jóven amante y á no ser por sus onzas de buen oro de América, no hubieran pasado quince dias sin que se hubiese olvidado completamente de su insolvente prometido. Y aun con esta última circunstancia, no se hizo esperar mucho el dia en que la orgullosa muchacha fijase los ojos en otro. Ha de estar siempre sin poder realizar sus sueños una jóven tan hermosa y tan digna de brillar en los mas elegantes salones. Lo mismo dá un jóven alto que bajo, blanco que moreno, con tal que pueda proporcionarle su carretela y sus diamantes. ¿Pues por qué no decidirse por Nicolás? Vedle que tierno y almibarado se muestra con la orgullosa baronesa. Ella en un principio parecia resistirse á las tentaciones de su amor, pero luego examinó detenidamente las ricas y numerosas fincas que constituian su mayorazgo y no le pareció indigno llamarle su marido. Quedó pues el trato ajustado y comenzó en seguida á correrse por todas partes el nuevo enlace que iba á contraer Inés con un lindo calavera de 22 años y que estaba loco, y apasionadamente perdido por ella.

Tal vez mis lectoras se admirarán de que no haya dicho nada hasta ahora de nuestro buen Rafael. ¿Pero á qué quereis que yo os hable de una persona de quien ya nadie se acuerda? Los primeros dias hubo alguno en la familia del baron que pareció interesarse por su desgracia; pero eso fué superficial y duró muy poco. Luego cuando á la semana salió de la cárcel, no hubo nadie que se presentara á ofrecerle ni mucho menos á hablarle de los tristes recuerdos y honda desesperacion que habia dejado en el alma de Inés su inesperada desgracia. Mucho menos se acordó nadie ni aun de recordarle el enlace que tenia proyectado. Aquello habia naufragado con su oro. El, por otra parte, pareció cuidarse poco de tal cosa: algunas veces hasta se le sorprendia en sus labios una ligera sonrisa que no era facil interpretar. A veces parecia de ironia y otras de compasion. El comia y engordaba como nunca y nadie al verle hubiera dicho que habia sufrido la pérdida de todos sus capitales.

En esto iba á la par de María. Desde su completo restablecimiento volvió de nuevo á la vida que antiguamente habia llevado. Trabajaba y en el trabajo hallaba fuerzas y salud. Su madre y sus hermanas la miraban con el mismo despegó; pero los desaires de una y otra parecian no hierirla como en otros tiempos. Hubiera dado algunas veces un año de su vida por una sonrisa de su madre, mientras que en la actualidad, si bien no era desabrida y seca con ella, se mostraba por lo menos poco solícita. Su vida la pasaba encerrada en su cuarto ó en su jardín: sus flores eran sus únicas compañeras. Y sin embargo, algunos ratos se la encontraba en una disposicion que revelaba una grande agitacion de alma y á no ser porque la reja de su cuarto frisaba ya con los tejados, se hubiera podido sospechar que acababa de tener una animada conversacion.

¿Pero con quien habia de hablar la pobre María? Nosotros la hemos visto siempre mirada por todos con despegó, y entre los que actualmente frecuentaban la casa del baron no habia nadie que pusiese ni aun ligeramente los ojos en ella. No obstante lo cierto es que habia motivo para sospechar que María andaba con alguna idea en su cabeza. Tambien entonces sufría algunas frecuentes distracciones, pero no eran efecto, como otras veces, de la melancolía que la devoraba. María, en fin, parecia estar enamorada: todos los sintomas eran de un amor fogoso, pero tambien de un amor feliz correspondido. El que la hubiera sorprendido algunas noches, durante el sueño de toda la familia, la habria hallado probablemente en otra parte que en su lecho. El palacio en que vivia tenia un pequeño jardín y ella decia que le gustaba mucho gozar en él de la tranquilidad de la noche y ver su hermoso cuadro de flores al tivo resplandor que despedía la luna. Todos estos son otros tantos misterios de su corazon que tal vez tengan explicacion á su tiempo.

Inés no era tan simpática por las flores como su hermana. En tanto que esta se inclinaba sobre un capullo y respiraba sus fragantes aromas, ella dormía tranquilamente para no despertar hasta las once del dia siguiente, hora en que comenzaría á vestirse y peinarse con toda la pausa del mundo. Si alguna vez la asaltaba algun sueño era de carretelas y oro y diamantes.

tes que pasaba luego y la dejaba mas profundamente dormida. Y el pobre Nicolás, me direis ¿no era alguna vez objeto de sus sueños? Rara y muy rara os contestaré y aun entonces se le aparecia dando alguna orden á los lacayos ó comprándole alguna joya en el bazar ó otra tienda semejante. Y apesar de esto, hermosas y amantes niñas, Inés estaba á punto de casarse con nuestro hermoso joven. Lo tenia ya todo corriente y dispuesto, y la boda debia ser á lo mas dentro de quince dias.

(Se continuará.)

R. DE SATORRES.



A UNOS OJOS.

Ojos, aunque me mateis
Cuando airados me mirais,
Miradme como querais,
Como al menos me mireis.

Si no merece mi amor
Que aplaqueis vuestros enojos,
Miradme por Dios, mis ojos,
Aunque sea con rigor:

Que por mas que me mostreis
Desdenes que tanto usais,
Miradme como querais,
Como al menos me mireis.

No me negueis esa luz
Que cielo y tierra enamora,
Porque es para mí la aurora,
Sin ella, triste capúz:

No importa que si me veis,
Fieros, injustos seais:
Miradme como querais,
Como al menos me mireis.

Ojos, yo sé que de vos,
Si me mostrais rigor fuerte,
Voy á alcanzar solo muerte,
Pero miradme por Dios:

Que con tal que en mí fijeis
La lumbré con que brillais,

Miradme como querais,
Como al menos me mireis.

Sé que es mi tumba ¡oh dolor!
Fiereza y desden mostrarme,
Mas no verme, no mirarme,
Ojos..... creedlo..... es peor.

Vedme, pues, aunque mateis,
Aunque mi fin decidais.....
Miradme como querais,
Como al menos me mireis!!!!

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPLE

MUGER SAGAZ Y DISCRETA.

Hay entre los orientales, á quienes su ley prohíbe los juegos de azar, uno que pudiéramos llamar de prendas, con el cual se entretienen á menudo, y consiste en lo siguiente: convenidas dos personas en jugarlo, ninguna de ellas puede tomar de manos de la otra ni objeto ni cosa alguna sin pronunciar la palabra *diadesté* (que significa *prenda tocada*). A este fin procura cada cual hacer que el otro se olvide del juego ó se distraiga. Y si pasando uno ó mas dias consigue hacerle incurrir en la falta de tomar inadvertidamente alguna cosa en sus manos, gana la apuesta: á la manera que en España el dia de los Inocentes se procura chasquear á uno haciéndole olvidar que es dia de chascos, y sacándole el dinero con cualquier pretexto. Sabida esta particularidad comprenderán nuestras lectoras la base de la anécdota siguiente.

Habia escrito cierto filósofo un gran resumen de todas las astucias y engaños de las mujeres, y ese resumen lo llevaba siempre consigo, creyendo que su lectura le serviría de preservativo y escudo contra las arterias del bello sexo. Cierta dia, yendo de viaje, pasaba muy cerca de un aduar de árabes del desierto, cuando de una de las tiendas del campamento salió una jóven que le rogó afectuosamente entrase á descansar de la fatiga del camino. No pudo menos el filósofo de admitir tan urbana hospitalidad, y entró en efecto; pero apenas hubo sabido que el marido de aquella muger estaba ausente, cuando temeroso de sufrir á la vista de sus encantos alguna tentacion, sacó su libro y comenzó á leer. Pasó un rato, y ofendida la jóven de aquel aparente desden, le dijo: «muy interesante debe de ser ese libro cuando

tanto os llama la atención: ¿se puede saber de qué trata?—Este libro, respondió el filósofo, le he escrito yo mismo, y contiene secretos que no conviene divulgar.—Pues yo pensaba, repuso la joven, que para no publicar un libro, era mejor no escribirle.—Así es en efecto, contestó nuestro filósofo; pero de todas maneras, lo que aquí se trata no es para mujeres.—Mucho despreciáis nuestro sexo, dijo un poco enojada la mujer; pues á fé que el profeta no tenía tan mala opinión de nosotras cuando no nos excluyó del paraíso.—Y picada mas y mas de curiosidad por aquella reserva, fue tanto lo que hizo y preguntó, que al fin le dijo el filósofo: «aunque soy, como he dicho antes, autor de este libro, la esencia de él no es de mi invención, pues no he hecho mas que recapitular todas las astucias, sutilezas y trampas de las mujeres; y así nada de nuevo para vos oiríais si yo os le leyera.—¿Con qué todas, todas? preguntó la mujer.—Todas, respondió el del libro; y solo á fuerza de releerlas y estudiarlas es como he conseguido llegar al estado de no tener miedo ninguno de caer en sus redes.—Vaya, me parece á mí, dijo la joven árabe, que habeis intentado una cosa tan imposible como cojer agua con una hoja de palmera agujereada.

Quedáronse los dos en silencio profundo; y meditando la mujer su venganza, empezó á echar al pobre sabio tales ojeadas, y á desplegar á sus ojos tantas gracias y atractivos, que el hombre no pudo menos de cerrar el libro. Trabajó luego conversacion con ella y acabó por decirle requiebros y hacerla una declaración de amor. Gozosa la astuta árabe de ver cuan á las manos se le venia, fingió dar oídos á su pretension, que no era por cierto de las mas filosóficas, y ya le habia hecho consentir en lograr el objeto de sus deseos, cuando vió venir á lo lejos á su marido. «Somos perdidos, exclamó: mi marido es el hombre mas celoso y brutal de nuestra tribu. ¡Oh Alá! qué será de mí? En nombre del profeta, hombre seductor, escondednos dentro de esa arca.

El filósofo, no viendo otra escapatoria, se metió en un grandísimo cofre. La mujer echó la llave y se la guardó, y saliendo á recibir á su marido, volvió con él y le sirvió la comida.—Tengo que contarte, le dijo de allí á poco, una aventura sin-

gular. Ha venido hoy á nuestra tienda un especie de filósofo que pretende haber reunido en un libro todas las trapacerías de que es capaz nuestro sexo. El tal supuesto sabio me ha hablado de amor, y yo le he dado oídos: es joven, amable, ardoroso, y si no hubieras llegado tan pronto, quizá hubiera peligrado mi virtud.—Cualquiera podrá figurarse lo bien que le sentaría esta relacion al marido, que efectivamente era celoso y colérico. El filósofo que todo lo habia oído, estaba dentro del cofre echando maldiciones á su libro, á las mujeres habladoras y á los maridos celosos.—«¿Dónde se oculta ese villano? gritaba desahogado el árabe: descúbremele para que yo pueda inmolarle á mi furor, y si no le arrancaré los ojos.» La sagaz esposa, fingiendo estar aterrada, le dice: «allí está dentro de ese cofre, y aquí tienes la llave. El filósofo, oyendo esto, temblaba como es de inferir. El marido toma la llave, y al ir á abrir, detiéndole su mujer dando una gran carcajada, diciéndole al mismo tiempo: «¡adiádeste! has perdido por haber tomado la llave: págame, y otra vez no tengas tantos celos ni tanta curiosidad.»

El marido, tomando muy á bien que el asunto no hubiera sido mas que broma, dió por bien empleado lo perdido, pagó á su mujer, y se fue, diciendo que para otra vez no gastára con él chanzas tan pesadas. Luego que se hubo alejado, la astuta engañadora sacó del cofre al filósofo mas muerto que vivo. «Señor sabio, le dijo, vete en paz, y no olvides esta jugarreta, que por Alá, merece, á no dudar, la apuntes con las otras en tu libro.»



Solucion al logogrifo inserto en la página 7o de EL DEFENSOR DEL BELLO SEXO.

La segunda con la prima
En amor al poeta dan
Correspondencia, si están
Sus versos con dulce rima.

Tercia y cuarta al cazador,
Cuando ardiente sed le acosa,
Le proporciona la poza (1)
Donde mitigue su ardor.

Mas ¿quién ha de ser tan guapo
Que en cuarta y tercia á beber
Se disponga, si ha de ver
Dentro de la poza un sapo?

Segunda y cuarta en la liza
Animan al lidiador,
Y acrecientan su valor
Al ver amorosa risa.

Amor que gracias rebosa,
Como el fino imán atrae,
Y encendido galán cae
Cual en la luz mariposa.

UNA AFICIONADA.

EPÍGRAMAS.

I.

El cura y los novios.

Eranse en cierto pueblo dos amantes que habiendo determinado convertir su cariño en himeneo, presentáronse al cura de la parroquia á recibir la bendición nupcial. El cura, según la costumbre, preguntó al futuro esposo si recibía por legítima esposa á la joven que tenía presente, etc. El novio respondió que no. Pues entonces, dijo el cura, no hemos hecho nada: vayan vds. con Dios.

Al domingo siguiente, volvieron los dos amantes, con el mismo objeto que la otra

(1) El autor del logogrifo debía de ser andaluz, cuando hizo sinódeimos *poza* y *posa*: no es, pues, culpa de nuestra aficionada esa rima defectuosa.

(N. de la Redacción.)

NOTA. Deseoso el empresario capitalista de manifestar á las señoras suscriptoras y suscritores el reconocimiento de que está poseído, por la benévola acogida con que le han honrado, les ofrece repartir

vez, y hecha al novio la misma pregunta, respondió que sí.—Y vd., señora, dijo el cura, ¿quiere al señor por legítimo esposo como lo manda la Santa Madre Iglesia?—La novia contestó que no.—Pues estamos lo mismo que antes, dijo el buen eclesiástico para sí, y los despidió nuevamente.

Al domingo siguiente, héte al cura otra vez con los novios, que vuelven con la misma canción. El sacerdote, lleno de paciencia, hizo á entrambos las mismas preguntas, y los dos contestaron que sí.—¡Ola! dijo entonces el cura: ¿con qué cuando yo quería casarlos, no querían vds. conformarse? Pues ahora va á ser al revés, que el que no se conforma soy yo.—Y cojiendo el sombrero de teja, les volvió la espalda y se fue.

¿No les estuvo bien á él y á ella? Bueno es pensarlo antes de casarse, para la mujer sobre todo; pero pensarlo tanto, tanto, tanto... es querer quedarse solteros,

II.

Una de tantas.

Cierta bella tenía varios amantes, y tenía también la habilidad de hacer creer á cada uno que era el único correspondido. Con semejante estratagema, conseguía la deidad mantener en sus aras el culto, no habiendo uno solo que la viese que no se la hiciera devoto. Una mañana, quitó el amor la venda de los ojos á uno de los mas apasionados, y le hizo conocer que la hermosa no le era consecuente ni fiel. Quejóse el amante de una correspondencia tan equívoca, y ella con una gracia angelical, ¡ah, picarillo! le contestó: ¿conqué habeis recordado la vista? Pues entonces podeis retiraros, porque yo no recibo sino ciegos.

¡Mire V. la gran coquetilla!

gratis con uno de nuestros próximos números una preciosa receta para piano, de las mas aplaudidas entre las que componen la música del justamente celebrado y último baile, titulado «La Esmeralda.»

EL PENSIL DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos, y los precios y demás condiciones de suscripción son los siguientes:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes. 5 rs.	Un mes. 7 rs.	Un mes. 40 rs.
Tres. . 13	Tres. . 20	Tres. . 28
Seis. . 24	Seis. . 36	Seis. . 54
Un año. 44	Un año. 70	Un año. 108

Los que además, del periódico y del figurín mensual,

quisieren recibir tres figurines mas y un patron pequeño cada mes, con otro patron grande cada dos meses, abonarán por trimestres adelantados en Madrid 34 rs. vn. y 44 en las provincias, franco de porte.

Los figurines sueltos se expendrán á 3 rs. para Madrid en la puerta del Sol, número 8, tienda.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán francos de porte al empresario capitalista D. Antonio Gutierrez de Leon, calle de Santa Clara, número 8, cuarto principal.

MADRID:—1845.

Imprenta de D. José de Rebolledo y compañía.
Calle del Fomento, número 15.